

No he visto á Mad. Sand vestida de hombre ó con la blusa y el palo claveteado del montañés: tampoco la he visto beber en la copa de las bacantes y fumar indolentemente recostada sobre un sofá como una sultana: singularidades naturales ó afectadas que nada añadirían para mí á su encanto ó á su genio.

¿Se siente mas inspirada cuando hace subir de su boca una nube de humo alrededor de sus cabellos? Se escapó *Lelia* del cerebro de su madre á través de una ardiente bocanada, como salió el pecado, segun el dicho de Milton, de la cabeza del hermoso arcángel culpable en medio de un torbellino de humo. No sé lo que pasa en los sagrados átrios; pero aquí bajo, Nemeades, Phila, Laïs, la aguda Guathenes, Phryné desesperacion del pincel de Apeles y del cincel de Praxíteles; Leena, que fue amada de Harmedio; las dos hermanas llamadas Aphies, porque eran delgadas

y tenían grandes ojos; Dorica, cuya madeja de cabellos y cuyo traje perfumado fueron consagrados á Venus: todas estas encantadoras, en una palabra, no conocen mas aromas que los de la Arabia; verdad es que Mad. Sand tiene á su favor la autoridad de las odaliscas y de las jóvenes mejicanas que bailan con el cigarro en la boca.

¿Qué impresion me ha causado la vista de Mme. Sand despues de algunas mujeres superiores y tantas encantadoras á quienes he encontrado; despues de esas hijas de la tierra que decian con Safo, como Mad. Sand: «Ven á nuestras deliciosas comidas, madre del amor, á llenar del néctar de las rosas nuestras copas?» Colocándome alternativamente en la ficcion y en la verdad, la autora de *Valentina* ha causado en mí dos impresiones muy diversas.

En la ficcion: no hablaré de ella porque no com-



TALLEYRAND.

prendo su lengua. En la realidad: como hombre de edad madura, que tengo nociones de la honestidad, y doy como cristiano el mas alto precio á las virtudes tímidas de la mujer, no podria decir hasta qué punto me condolia de tantas cualidades entregadas á esas horas pródigas é infieles que desgastan y huyen.

MR. DE TALLEYRAND.

París 1838.

En la primavera de este año, 1838, me ocupé del

Congreso de Verona, que, segun mis compromisos literarios, tenia obligacion de publicar; ya he hablado de él en su lugar en estas *Memorias*. Un hombre se ha marchado: ese guardia de la aristocrácia escolta á retaguardia á los poderosos plebeyos que han partido ya.

Cuando Mr. de Talleyrand apareció por primera vez en mi carrera política, dije ya algunas palabras acerca de él. Ahora me es conocida su existencia entera por su última hora, segun la frase feliz de un antiguo.

He tenido relaciones con Mr. de Talleyrand, y le he sido fiel como hombre de honor, segun ha podido notarse, especialmente con motivo de la incomodidad de *Monsieur*. Demasiado sencillo, tomé parte en lo que le acontecia de desagradable, y le compadecí

cuando Maubreuil le pegó en la mejilla. Hubo un tiempo en que me solicitaba con ahinco; y segun se ha visto, me escribia á Gante que yo era un *hombre fuerte*: cuando estuve alojado en la calle de las Capuchinas me envió con la mayor galantería un sello de los negocios extranjeros, talisman grabado sin duda bajo su constelacion. Quizá por no haber abusado yo de su generosidad se convirtió en enemigo mio sin provocacion alguna de mi parte, si se exceptúan algunos triunfos que yo obtuve y que no eran obra suya. Sus dichos corrian por el mundo y nó me ofendian, porque Mr. de Talleyrand no podia ofender á nadie; pero la intemperancia de su lengua me ha relevado del silencio, y puesto que se ha permitido juz-

garme, me ha dejado en libertad de usar del mismo derecho con respecto á él.

La vanidad engañó á Mr. de Talleyrand; tomó su papel por su genio; creyóse profeta, equivocándose en todo: su autoridad no tenía valor alguno en cosas futuras: no veía delante de sí, y solo sí en lo pasado. Desprovisto de la fuerza del golpe de vista y de la luz de la conciencia, nada descubria parecido á la inteligencia superior, nada apreciaba que fuese probidad. Sacaba buen partido de los accidentes de la fortuna cuando se presentaban esos accidentes que nunca preveía, pero únicamente en provecho de su persona. Desconocía esa amplitud de ambicion que envuelve los intereses de la gloria pública, como el tesoro mas provechoso á los



MME. STAEL.

intereses privados. De consiguiente Mr. de Talleyrand no pertenece á la clase de seres propios para convertirse en una de esas creaciones fantásticas á que las opiniones falseadas ó engañadas añaden continuamente caracteres ideales. Sin embargo, hay que convenir en que varios sentimientos, en armonía por diversas razones, concurren á formar un Talleyrand imaginario.

En primer lugar, los reyes, los gabinetes, los antiguos ministros extranjeros, los embajadores, engañados en otro tiempo por aquel hombre, se hallan en el caso de probar que no han obedecido mas que á una superioridad verdadera: se habrían quitado el sombrero al marmiton de Bonaparte.

Despues los miembros de la antigua aristocrácia francesa, ligados á Mr. de Talleyrand, se glorian de contar en sus filas á un hombre que habia tenido la bondad de asegurarles de su grandeza.

Por último, los revolucionarios y las generaciones inmorales, al paso que truenan contra los nombres, tienen una inclinación secreta hácia la aristocrácia: estos singulares neófitos buscan con placer su bautismo, y creen adquirir con ello las buenas maneras. La doble apostasía del príncipe halaga al propio tiempo otro lado del amor propio de los jóvenes aristócratas, porque infieren de ahí que su causa es la buena, y que un noble y un eclesiástico son harto despreciables.

Sea lo que quiera de estos estorbos que impiden ver claro, Mr. de Talleyrand no es tal que pueda crear una ilusión duradera: no hay en él bastantes facultades de crecer para convertir las mentiras en aumentos de estatura. Ha sido visto muy de cerca, y no vivirá, porque su vida no está enlazada ni á una idea nacional que haya quedado en pos de él, ni á un hecho célebre, ni á un talento sin igual, ni á un descubrimiento útil, ni á una concepción que forme época. La existencia por la virtud le está prohibida; los riesgos no se han dignado visitar siquiera sus días; pasó el reinado del terror fuera de su país, y no volvió á él sino cuando el foro se convirtió en antecámara.

Los monumentos diplomáticos prueban la medianía relativa de Talleyrand: no podría citarse un hecho de algun valor que le pertenezca. Del tiempo de Bonaparte ninguna negociacion importante hay suya: cuando estuvo en libertad de obrar por sí solo, dejó escapar las ocasiones y estropeó todo cuanto tocaba. Está bien averiguado que él fue causa de la muerte del duque de Enghien: esta mancha de sangre no puede borrarse: lejos de haber yo acriminado al ministro al dar cuenta de la muerte del príncipe, le he tratado con sobrado miramiento.

En sus afirmaciones contrarias á la verdad tenía Mr. de Talleyrand un pasmoso descaro. No he hablado en *El Congreso de Verona* del discurso que leyó á la cámara de los Pares relativamente al mensaje sobre la guerra de España: ese discurso principiaba con estas solemnes palabras:

«Hace hoy diez y seis años que, llamado por el que gobernaba á la sazón el mundo para darle mi parecer sobre si habria de empeñarse lucha con el pueblo español, tuve la desgracia de desagradarle revelándole todos los peligros que iban á surgir de una agresión injusta como temeraria. La desgracia fue el resultado de mi sinceridad. ¡Extraño destino el que despues de ese largo espacio de tiempo me trae á renovar cerca del soberano legítimo los mismos esfuerzos, los mismos consejos!»

Hay faltas de memorias ó mentira que causan miedo: aguja uno los oídos, y se restrega los ojos sin saber lo que le engaña, si la vigilia ó el sueño. Cuando el que ha dicho esos imperturbables asertos baja de la tribuna y va á sentarse impasible en su puesto, le sigue uno con la vista, suspenso entre una especie de espanto y una especie de admiración, é ignorando si aquel hombre ha recibido de la naturaleza una autoridad capaz de reconstruir ó aniquilar la verdad.

No contesté: parecíame que la sombra de Bonaparte iba á pedir la palabra y á renovar el terrible mentís que en otro tiempo habia dado á Mr. de Talleyrand. Entre los pares estaban sentados todavía testigos de la escena, entre otros el conde de Montesquieu: el virtuoso duque de Doudeauville me la refirió, habiéndola oído de la boca misma de Mr. de Montesquieu, cuñado suyo: el conde de Cessac, que se halló presente á aquella escena, la repite á todo el que quiere oirla: él creía que al salir del despacho seria arrestado el gran elector. Napoleón exclamaba encolerizado interpellando á su descolorido ministro: «No hay duda en que os está bien el gritar contra la guerra de España, á vos que me la aconsejasteis, y de quien tengo una porción de cartas en que tratáis de probarme que esa guerra era tan necesaria como política.» Esas cartas desaparecieron cuando el robo de los archivos de las Tullerías en 1814.

Mr. de Talleyrand declaraba en su discurso que habia tenido la desgracia de desagradar á Bonaparte

descubriéndole el porvenir, revelándole todos los peligros que iban á surgir de una agresión no menos injusta que temeraria. Consuélese Mr. de Talleyrand en su tumba, que no ha tenido esa desgracia: no tiene que añadir esa calamidad á todas las aflicciones de su vida.

La falta principal de Mr. de Talleyrand hacia la legitimidad es haber disuadido á Luis XVIII del matrimonio entre el duque de Berry y una princesa de Rusia: la falta imperdonable de Mr. de Talleyrand hacia la Francia es haber consentido en los inicuos tratados de Viena.

Resulta de las negociaciones de Mr. de Talleyrand que hemos quedado sin fronteras: una batalla perdida en Mons ó en Coblenza traeria en ocho dias la caballería enemiga á las puertas de París. En la antigua monarquía, no solo estaba cerrada la Francia por un círculo de fortalezas, sino defendida sobre el Rhin por los Estados independientes de la Alemania. Era preciso invadir los electorados ó negociar con ellos para llegar hasta nosotros. En otra frontera, la Suiza era país neutral y libre; no tenia caminos; nadie violaba su territorio. Los Pirineos eran intransitables, guardados por los Borbones de España. Eso es lo que no comprendió Mr. de Talleyrand: tales son las faltas que le condenaron siempre como hombre político, faltas que nos privaron en un dia de los trabajos de Luis XIV y de las victorias de Napoleón.

Se ha pretendido que su política habia sido superior á la de Napoleón: en primer lugar hay que tener bien presente que uno no es mas que mero escribiente cuando tiene la cartera de un conquistador, que todas las mañanas coloca en ella el boletín de una victoria y cambia la geografía de los Estados. Cuando Napoleón llegó á embriagarse, cometió faltas enormes, y que saltaban á la vista de todos: Mr. de Talleyrand las vió probablemente como todos; pero eso no indica una vista de linces. Comprometiése de un modo extraño en la catástrofe del duque de Enghien, y se engañó acerca de la guerra de España de 1807, aunque haya querido despues negar sus consejos y recoger sus palabras.

Sin embargo, un actor no tiene prestigio si está enteramente desprovisto de los medios que fascinan al parterre; así es que la vida del príncipe ha sido una decepcion continuada. Sabiendo lo que le faltaba, huía de todo el que podia conocerle: su estudio constante era no dejarse palpar: retirábase á tiempo en silencio, y se ocultaba en las tres horas mudas que concedía al whist. Maravillábanse de que semejante capacidad pudiera descender hasta los entretenimientos del vulgo. ¿Quién sabe si esa capacidad repartía imperios, arreglando en su mano los cuatro caballos? Durante aquellos momentos de escamoteo, redactaba interiormente alguna frase de efecto que le hubiese inspirado un folleto de la mañana ó una conversacion de la tarde. Si os llamaba aparte para ilustraros con su conversacion, su principal modo de seducir era abrumaros de elogios, llamaros esperanza del porvenir, predeciros brillantes destinos, daros una letra de cambio de grande hombre, librada contra él y pagadera á la vista; pero si hallaba vuestra fe en él algo sospechosa, ó conocia que no admirábais lo bastante algunas frases breves y con pretensiones de profundidad, tras de las cuales nada habia, se alejaba por miedo de dejar ver el cabo de su talento. Habria contado bien; pero sus chanzas caian solo sobre algun subalterno ó algun tonto, con quien se divertía sin peligro, ó sobre una víctima, hechura suya y blanco de sus burlas. No podia seguir una conversacion seria, pues á la tercera vez que abria los labios espiraban sus ideas.

Antiguos grabados del abate de Perigord representan un hombre muy lindo; al envejecer Mr. de Talleyrand ha ido aproximándose á la cabeza de muer-

to; sus ojos estaban turbios, de suerte que apenas podia leerse en ellos, lo cual le servia de mucho; como habia recibido mucho desprecio, se habia impregnado de él, y lo habia colocado en las dos extremidades pendientes de su boca.

Unos modales aristocráticos que provenian de su nacimiento, una severa observancia de las conveniencias, un aire frio y desdenoso, contribuian á alimentar la ilusión enredador del príncipe de Benevento. Sus maneras ejercian dominio sobre el vulgo y sobre los hombres de la sociedad nueva, los cuales ignoraban la sociedad de los antiguos tiempos. En otro tiempo encontraba uno á cada paso personajes cuyos modales se asemejaban á los de Mr. de Talleyrand, y no se hacia alto en ellos; pero casi único en medio de las costumbres democráticas, parecia un fenómeno; para soportar el yugo de sus forinas convenia al amor propio achacar al talento del ministro el ascendiente que ejercia su educacion.

Cuando el que ocupa un puesto importante se halla mezclado á revoluciones prodigiosas, le dan una importancia de casualidad que el vulgo toma por mérito personal; perdido Mr. de Talleyrand en los rayos de Bonaparte, ha brillado bajo la restauracion con el esplendor tomado de una fortuna que no era la suya. La posicion accidental del príncipe de Benevento le permitió atribuirse el poder de haber derribado á Napoleón y el honor de haber restablecido á Luis XVIII; yo mismo, como todos los papanatas, ¿no he sido bastante necio para dar crédito á esa fábula? Mejor informado, he visto que Mr. de Talleyrand no era un Warwick político; faltaba á su brazo la fuerza que abate y levanta los tronos.

Crédulos imparciales dicen: «Convenimos en que era hombre muy inmoral; ¡pero qué habilidad la suya!» ¡Ay! hasta hay que perder tambien esa esperanza tan consoladora para sus entusiastas, tan deseada para la memoria del príncipe; la esperanza de hacer de Mr. de Talleyrand un demonio.

Fuera de ciertas negociaciones vulgares, en el fondo de las cuales tenia la habilidad de colocar en primera línea su interés personal, no habia que pedir nada á Mr. de Talleyrand.

Mr. de Talleyrand guardaba ciertos hábitos y algunas máximas al uso de los sicofantas y malos sugetos de su intimidad. Su traje en público, copiado del de un ministro de Viena, era el triunfo de su diplomacia. Gloriábase de no tener prisa nunca, y decia que el tiempo era nuestro enemigo, y era preciso matarlo: de donde hacia profesion de no estar ocupado sino pocos momentos.

Pero como en último resultado no ha podido Mr. de Talleyrand transformar su ociosidad en obras maestras, es probable que se engañase al hablar de la necesidad de deshacerse del tiempo: solo se triunfa del tiempo creando cosas inmortales; con trabajos sin porvenir, con distracciones frívolas, lo que se hace no es matarlo, sino gastarlo.

Ascendido Mr. de Talleyrand al ministerio por recomendacion de Mad. de Stael, que obtuvo su nombramiento de Chenier, y muy escaso entonces de bienes, restauró por cinco ó seis veces su fortuna con el millon que recibió de Portugal en la esperanza de que se firmaria una paz con el Directorio, paz que nunca llegó á firmarse; con la compra de bonos de Bélgica en la paz de Amiens, la cual supo Mr. de Talleyrand antes de que fuese conocida del público; con la ereccion del reino pasajero de Etruria; con la secularizacion de los bienes eclesiásticos de Alemania; con el cambalache de sus opiniones en el congreso de Viena. No hay cosa, hasta los papeles viejos de nuestros archivos, que el príncipe no haya querido ceder al Austria: juguete esta vez de Mr. de Metternich, este envió religiosamente los originales, despues de hacer sacar copia de ellos.

Incapaz Mr. de Talleyrand de escribir por sí solo una frase, hacia trabajar bajo su inspeccion; y cuando á fuerza de tachones y enmiendas llegaba su secretario á redactar los despachos segun le acomodaba, los copiaba de su mano. Le he oído leer algunos retazos agradables sobre su juventud en sus memorias principiadas. Como variaba en sus gustos, detestando hoy lo que queria ayer, si existen enteras esas memorias, cosa que dudo, y ha conservado en ellas las versiones opuesta, es probable que juicios sobre un mismo hecho, y especialmente sobre unos mismos hombres, se contradigan abiertamente. No creo en el depósito de los manuscritos en Inglaterra: la pretendida orden de no publicarlos hasta dentro de cuarenta años me parece una truhanería póstuma.

Perezoso y sin estudio, de naturaleza frívola y corazon disipado, se preciaba el príncipe de Benevento de lo que debia humillar su orgullo; de mantenerse en pié despues de la caída de los imperios. Los espíritus de primer orden, que producen las revoluciones, desaparecen; los de segundo orden, que se aprovechan de ellas, quedan. Esos personajes del dia siguiente y de industria asisten al desfile de las generaciones; están encargados de visar los pasaportes y certificar la sentencia: Mr. de Talleyrand era de esta especie inferior: firmaba los sucesos; no los hacia.

Sobrevivir á los gobiernos, quedar cuando un poder se va, declararse en permanencia, preciarse de no pertenecer mas que al país, ser el hombre de las cosas y no el hombre de los individuos, es la fatuidad del egoismo fuera de su centro, que se esfuerza en ocultar su poca elevacion bajo la ampulosidad de las palabras. Muchos caracteres se cuentan hoy de esa igualdad de ánimo; muchos de esos ciudadanos del suelo: sin embargo, para que haya grandeza en envejecer como el ermitaño en las ruinas del Coliseo, es preciso guardarlas con una cruz: Mr. de Talleyrand habia hollado la suya con sus piés.

Nuestra especie se divide en dos partes desiguales: los hombres de la muerte y amados de ella, rebaño escogido que renace: los hombres de la vida y olvidados de ella, multitud de nada que no vuelve á nacer. La existencia temporal de estos consiste en el nombre, en el crédito, en el puesto, en la fortuna: su ruido, su autoridad, su poder, se desvanecen con su persona: cerrados su salon y su féretro queda cerrado su destino. Así ha sucedido á Mr. de Talleyrand: su momia, antes de bajar á su cripta, fue expuesta por un momento en Londres, como representante de la monarquía cadáver que nos rige.

Mr. de Talleyrand ha hecho traicion á todos los gobiernos, y, lo repito, no ha levantado ni derribado ninguno. No tenia superioridad real, en la verdadera acepcion de estas palabras. Una morralla de frívolas prosperidades, tan comunes en la vida aristocrática, no conduce á dos piés mas allá de la fosa. El mal que no obra con una explosion terrible; el mal empleado con parsimonia por el esclavo en provecho del amo, no es mas que torpeza. El vicio, allegado del crimen, entra en la domesticidad. Supóngase á monsieur de Talleyrand plebeyo, pobre y oscuro, sin tener con su inmoralidad mas que su indisputable talento de salon, y nadie hubiera oído hablar de él. Quitese de Mr. de Talleyrand al gran señor envilecido, al cura casado, al obispo degradado, ¿y qué le queda? Su reputacion y sus triunfos han dependido de estas tres depravaciones.

La comedia con que el prelado ha coronado sus ochenta y dos años es una cosa lastimosa: primero, para dar pruebas de fuerza fué ó pronunciar en el Instituto el elogio de un pobre diablo alemán, de quien se burlaba. A pesar de tantos espectáculos como han saciado nuestra vista, hubo que abrir calle para ver salir al grande hombre: despues fué á morir á su casa como Diocleciano, mostrándose al universo.

El vulgo se ha embobado en la hora suprema de ese príncipe, podrido en sus tres cuartas partes, con una úlcera gárgenosa en el costado, la cabeza caída sobre el pecho á pesar de la venda que la sostenía, disputando minuto á minuto su reconciliación con el cielo; y haciendo su sobrina en torno suyo un papel preparado de antemano entre un cura engañado y una mucha engañada también; cuando su palabra iba á extinguirse firmó de cansancio (ó quizá no firmó) la retractación de su primera adhesión á la iglesia constitucional; pero sin dar señal alguna de arrepentimiento, sin cumplir los últimos deberes del cristiano, sin retractar las inmundicias y escándalos de su vida. Jamás se ha mostrado el orgullo tan miserable, la admiración tan torpe, la piedad tan engañosa. Roma, prudente siempre no ha hecho pública, por este motivo la retractación.

Mr. de Talleyrand, llamado de larga fecha al tribunal de arriba, era contumaz: la muerte lo buscaba de parte de Dios, y lo ha hallado al fin. Para analizar minuciosamente una vida tan estragada, como sana ha sido la de Mr. de Lafayette, sería preciso tomarse molestias que no me crey capaz de tolerar. Los hombres llagados se asemejan á los cadáveres de prostitutas; las úlceras los han corroido de tal modo, que no sirven para la disección. La revolución francesa es una vasta destrucción política colocada en medio del mundo antiguo: tenemos que se establezca una destrucción moral por el lado malo de esa revolución. ¿Qué sería de la especie humana si nos afanásemos en rehabilitar costumbres justamente condenadas, en ofrecer á nuestro entusiasmo odiosos ejemplos, en presentar los progresos del siglo, el establecimiento de la libertad, la profundidad del genio en naturalezas abyectas ó en hechos atroces? No osándose proconizar el mal bajo su verdadero nombre, se emplea el sofisma, guardaos de tomar á esa bestia por un espíritu de tinieblas: ¡es un ángel de luz! Toda fealdad es hermosa, todo oprobio honroso, toda enormidad sublime: á todo vicio aguarda su admiración. Hemos vuelto á aquella sociedad material del paganismo, en que cada depravación tenía sus altares. ¡Anatema contra esos elogios cobardes, mentirosos, criminales, que falsean la conciencia pública, pervierten á la juventud, desaniman á las personas honradas y son un ultraje á la virtud y reproducen la saliba del soldado romano que escupió al rostro de Jesucristo!

MUERTE DE CARLOS X.

París 1830.

Estando en Praga en 1833, me dijo Carlos X, — «¿Conque vive todavía ese anciano Talleyrand?» Y Carlos X abandonó la vida dos años antes que monsieur de Talleyrand: la muerte privada y cristiana del monarca contrasta con la muerte pública del obispo apóstata, compareciendo recalcitrante á los pies de la incorruptibilidad divina.

El 3 de octubre de 1835 había yo escrito á la duquesa de Berry la siguiente carta, añadiendo á ella una posdata el 15 de noviembre del mismo año.

»Señora, Mr. Walsh me ha entregado la carta con que habeis querido honrarme. Estaría pronto á obedecer á los deseos de V. A. R., si los escritos pudiesen algo hoy día; pero la opinión ha caído en tal apatía, que apenas podrian agitarla los sucesos mas grandes. Me habeis permitido, señora, hablaros con una franqueza que solo puede excusar mi lealtad. V. A. R. sabe que me he opuesto á casi todo cuanto se ha hecho, hasta me he atrevido á no opinar favorablemente respecto de nuestro viaje á Praga. Enrique V sale ahora de la infancia, va á entrar muy

pronto en el mundo con una educación que nada le ha enseñado del siglo en que vivimos. ¿Quién será su guía? ¿Quién le mostrará las cortes y los hombres? ¿Quién le hará conocer y como aparecer de lejos á la Francia? Cuestiones importantes que, verosíblemente y por desgracia, serán resueltas en el sentido que todas las otras. Como quiera que sea, el resto de mi vida pertenece á mi joven rey y á su augusta madre. Mis previsiones para lo futuro no me harán nunca infiel á mis deberes.

»Mad. de Chateaubriand pide el permiso de poner sus respetos á los pies de V. A. R. Ofrezco al cielo todos mis votos por la gloria y prosperidad de la madre de Enrique V, y soy con profundo respeto,

»Señora.

»De V. A. R. muy humilde y obediente servidor,

«CHATEAUBRIAND.»

«P. D. Esta carta aguardaba hacia un mes ocasión segura para poder llegar á manos de V. A. R. Hoy mismo he sabido la muerte del augusto abuelo de Enrique. ¿Introducirá esta triste noticia algun cambio en los destinos de V. A. R.? Me atreveré á suplicar á Madame me permita participar del profundo sentimiento que debe experimentar, y ofrecer el tributo respetuoso de mi dolor al señor delfín y á su esposa.

«CHATEAUBRIAND.»

«15 de noviembre.

»Carlos X ha dejado de existir.

»Sesenta años de pruebas han adornado á la víctima.»

Treinta años de destierro: ¡la muerte á sesenta y nueve años en tierra extranjera! A fin de que no pueda dudarse de la misión de desgracia que el cielo confió á ese príncipe sobre la tierra, fue víctima de un azote.

Carlos X volvió á hallar en su hora suprema la calma, la igualdad de ánimo que le faltaron á veces durante su larga carrera. Cuando supo el peligro que le amenazaba, se contentó con decir: «No creía que esta enfermedad fuese tan corta.» Cuando Luis XVI marchó al patíbulo, el oficial de servicio se negó á recibir el testamento del sentenciado, porque le faltaba el tiempo y tenía que conducir al rey al suplicio. El rey respondió: «Teneis razon.» Si Carlos X en otras ocasiones hubiese mirado su vida con esa indiferencia, ¡cuántas miserias se habria ahorrado! Concíbese que los Borbones tengan apego á una religion que los hace tan nobles en los últimos momentos: Luis IX, amante de su descendencia, envía el valor del santo para que les aguarde á orillas del sepulcro. Esa raza sabe morir de un modo admirable: verdad es que hace mas de ochocientos años que está aprendiendo á hacerlo. Carlos X se ha marchado en la persuasión de no haberse engañado: si ha esperado en la misericordia divina, fue en razon del sacrificio que creyó hacer de su corona á lo que pensaba ser el deber de su conciencia y el bien de su pueblo: las convicciones son harto escasas para no tenerlas en cuenta. Carlos X ha podido tener la conciencia de que el reinado de sus dos hermanos y el suyo no han pasado sin libertad ni sin gloria: en tiempo del rey mártir, la libertad de la América y la emancipación de la Francia: en tiempo de Luis XVIII, el gobierno representativo dado á nuestra patria, el restablecimiento de la dignidad real efectuado en España: la independencia de la Grecia, recobrada en Navarino en tiempo de Carlos X; el Africa, adquirida para nosotros en compensación del territorio perdido con las conquistas de la república: estos resultados, que pertenecen á nues-

tros fastos, á despecho de las estúpidas envidias y de las sanas enemistades; esos resultados resaltarán mas, conforme se vaya entrando en las humillaciones de la monarquía de julio. Pero es de temer que esas joyas de valor sirvan solo á días que ya han espirado, como la corona de flores sobre la frente de Homero expulsado con gran respeto de la república de Platon. La legitimidad parece no tener hoy intención de ir mas lejos: parece adoptar su caída.

La muerte de Carlos X no podria ser un acontecimiento efectivo, sino poniendo término á una deplorable contestación de cetro, y dando una nueva dirección á la educación de Enrique V: ahora bien es de temer que la corona ausente sea disputada siempre, y que la educación concluya sin haber sido cambiada virtualmente, quizá por no darse la molestia de tomar un partido, se duerman en hábitos gratos á la debilidad, dulces para la vida de familia, cómodos para el cansancio que sucede á largos sufrimientos. La desgracia que se perpetúa produce en el alma los mismos efectos que la vejez en el cuerpo: no puede uno moverse, y se acuesta. La desgracia se asemeja también al ejecutor de las altas justicias del cielo: despoja á los condenados, arranca al rey su centro, al militar su espada, quita la calidad al noble, el corazon al soldado, y los envia degradados con el vulgo.

Por otra parte, de la extremada juventud se sacan razones de acomodamiento: cuando se tiene mucho tiempo de qué disponer, se persuade uno de que puede aguardar: hay todavía muchos años ante los sucesos: «Ellos vendrán á buscarnos, se exclama, sin que nos tomemos trabajo ninguno: todo madurará, y el día del trono llegará por sí. Dentro de veinte años habrán desaparecido las prevenciones.» Este cálculo podria tener alguna exactitud, si las generaciones no trascurriesen ó no se volviesen indiferentes; pero tal cosa puede parecer una necesidad en una época dada, que llegue á no ser siquiera sentida en otra.

¡Ay! ¡Con qué rapidez se desvanecen las cosas! ¿Dónde están los tres hermanos á quienes he visto reinar sucesivamente? Luis XVIII habita en San Dionisio con los restos mutilados de Luis XVI: Carlos X acaba de ser depositado en Goritz en un féretro cerrado con tres llaves.

Los restos de este rey, al caer de lo alto, han conmovido á sus abuelos, quienes, agitando en su sepulcro, han dicho estrechándose: «Hagamos sitio; este es el último de los nuestros.» Bonaparte no ha hecho tanto ruido al entrar en la noche eterna: los antiguos muertos no se han despertado por el emperador de los nuevos muertos: aquellos no le conocian. La monarquía francesa une el mundo antiguo al mundo moderno. Agustulo deja la diadema en 476. Cinco años despues, en 481, reina en las Galias la primera raza de nuestros reyes; Clodoveo.

Al asociar Carlo-Magno al trono á Luis el Piadoso, le dijo: «Hijo querido de Dios, mi edad avanza: hasta la vejez huye, y el tiempo de mi muerte se acerca: el país de los francos me vió nacer. Jesucristo me ha concedido ese honor. Yo he sido el primero de los francos que he obtenido el nombre de César, y trasladado al imperio de los francos el imperio de la raza de Rómulo.»

En tiempo de Hugo, con la tercera raza, la monarquía electiva se hizo hereditaria. La herencia engendra la legitimidad, ó la permanencia ó la duración.

El imperio cristiano de los franceses debe colocarse entre las fuentes bautismales de Clodoveo y el cadalso de Luis XVI. La misma religion estaba en pié en las dos barreras.—«Dulce Sicambro, inclina la cerviz; adora lo que has quemado; quema lo que has adorado,» dijo el sacerdote que administraba á Clodoveo el bautismo del agua: «Hijo de San Luis, subid al cie-

lo,» dijo el sacerdote que asistía á Luis XVI en su bautismo de sangre.

Aun cuando no hubiera en Francia mas que esa antigua casa de Francia contraída por el tiempo y cuya magestad asombra, podriamos en punto á cosas ilustres enseñar á todas las naciones. Los Capetos reinaban cuando los demás soberanos de Europa eran todavía súbditos. Los vasallos de nuestros reyes llegaron á ser reyes. Estos soberanos nos han transmitido sus nombres con títulos que la posteridad ha reconocido como auténticos: los unos fueron llamados agosto, santo, anciano, grande, cortés, atrevido, prudente, victorioso, muy amado; los otros, padre del pueblo, padre de las letras. «Como está escrito por vituperio, dice un antiguo historiador que todos los buenos reyes servios podrian haber cómodamente en una argolla, los malos reyes de Francia podrian haber mucho mejor, pues tan corto es su número.»

Bajo la influencia de la familia real se disipan las tinieblas de la barbarie: la lengua se forma, las letras y las artes producen sus obras maestras, vuestras ciudades se embellecen, nuestros monumentos surgen, nuestros caminos se abren, nuestros puertos se construyen, nuestros ejércitos asombran á Europa y Asia, y nuestras escuadras cubren los dos mares.

Nuestro orgullo monta en cólera con la simple exposición de esos magníficos tapices del Louvre. Desconocidos esta mañana, y mas desconocidos esta tarde, no por eso dejamos de persuadirnos de que eclipsamos lo que nos precedió. Y sin embargo, al pasar, al huir cada minuto, nos pregunta: «¿Quién eres?» Y no sabemos qué responder. Carlos X ha contestado: se ha ido con una era entera del mundo: el polvo de mil generaciones va mezclado al suyo; la historia le saluda, los siglos se arrodillan ante su tumba: todos han conocido su raza, y ella no les ha faltado; ellos son, por el contrario, los que han faltado.

Rey desterrado, los hombres han podido proscribirnos; pero no sereis expulsados del tiempo: dormís vuestro duro sueño en un monasterio, sobre la última tabla destinada á algun franciscano. No asisten á vuestras exequias heraldos de armas, y solo si un puñado de vejez encanecidas no hay grandes que arrojen en la bóveda las insignias de su dignidad, han hecho homenaje de ellas en otra parte. En la punta de vuestro féretro están sentadas edades mudas; una larga procesion de días pasados lleva en silencio y con los ojos cerrados el luto alrededor de vuestro ataúd.

A vuestro lado reposan vuestro corazon y vuestras entrañas, arrancados de vuestro seno y de vuestros costados, como se coloca al lado de una madre difunta el fruto abortivo que le costó la vida. A cada aniversario, monarca cristianismo, cenobita despues de la muerte, algun hermano os rezará las oraciones de cabo de año; no átraereis á vuestro aquí yace eterno mas que á vuestros hijos, desterrados con vos: porque aun en Trieste el monumento de las princesas está vacío: sus restos sagrados han vuelto á ver á su patria, y vos habeis pagado al destierro con vuestro destierro la deuda de aquellas nobles damas.

¡Ay! ¡Por qué no se reúnen hoy tantos restos dispersos como se reúnen antigüedades exhumadas de diferentes excavaciones! El arco de triunfo llevaría por coronamiento el sarcófago de Napoleon, ó la columna de bronce elevaría sobre restos inmortales, victorias inmóviles. Y sin embargo, la piedra labrada por orden de Sesostris sepulta desde hoy el cadalso de Luis XVI bajo los pies de los siglos. Llegará la hora en que el obelisco del desierto volverá á hallar sobre la plaza de los asesinatos el silencio y la soledad de Lugeor.